

UNA GOTA DE DESIERTO

Mariana Bernárdez*

Matojos se extienden más allá de la sombra para recordarnos que ni siquiera los dioses escapan al zarpazo de la fatalidad. Dejar de buscar. Acodarse en la baranda y mirar pasar el frío de la tarde. Desliarse. Desujetarse. Palabras. El hueco que dejan las palabras. Esquivar la caricia de su hondura, ese recoveco que habría de resguardarnos de querer permanecer. Huir del sigilo de su atadura porque la consigna es echar a andar, no mirar atrás, cara al viento, porque desasidos nada impedirá la marcha, la mirada no tendrá que ejercitarse agotadoramente en su recurrencia, y suelta podrá demorarse ahí por donde el deseo la lleve sin la preocupación de que la luz deslave las formas de su aprehensión.

Reescribir. Tachar. Volver sobre sí, delimitar la letra y su borradura, y delinear el trillar de la noche donde todo habrá de resguardarse. Noche alta y firme a cuyas orillas van a encallar los maderos de la cordura cotidiana, esa batalla incalculable para ganar el pan y el techo, y alcanzar, sin más, ese otro borde donde se entra en la desnudez de la conciencia. Otra forma, otro modo, otro tiempo el que se desata en su ámbito, otro cielo con su firmamento diverso, sin piedras en el camino o chinillas rodando en su singular caer. Todo pasa, menos la certeza de haber sido lacerados, de haberse nacido en la inocencia dispuesta al

189

* Poeta y ensayista (www.marianabernardez.com). Su libro más reciente es *Dolores Castro: Crecer entre ruinas*, 2015, Toluca y México, CEAPE/FOEM, Ediciones Del Lirio y UAM.

tajo de la voz, pero ahí, en el ámbito del sueño, no hay sílaba de escarnio, no hay *la desolación de la quimera*,¹ aunque tal vez sí el *seguro azar*² para cumplirse en promesa: *jardín de las delicias* que habrá ya expulsado a sus *heraldos negros*.³

Quién pudiera leerse en los versos, quién pudiera olvidar la rabia impensable de la indolencia, y clamar *esta boca sí es mía, esta mi mano y esta su grafía con la que he escrito mi nombre y mi suerte*, pero el miedo acobarda el decir; aunque en el sueño, en esa miriada de brillo, sí se atreva la voz y se exclame porque no hay verdugo en acecho sino habla libertaria de la condición primaria de la muerte, porque nunca se sabe si se quisiera o no morir del todo, y poco se sabe de su aire, de su soplo y de su silbo.

Avistamiento.

Abrojo en la escarpada del páramo, del lugar sin sombra, el in-vacío al que se quisiera no entrar y al que se adentra el respiro porque vencido está por resistir, y ahí, por no haber dónde la mirada detener su tránsito, encuentra el solaz y acepta la torpeza de tanto batallar inútil. No hay cabida ni para el balbucir.

Blanco.

Chispa.

Fulgor.

A lo lejos, el tintineo, la llamada que exige despertar: caer de nueva cuenta: incorporarse, sentir el cuerpo del otro al lado del propio, el calor que une, la luz filtrándose por la ventana en vendimia del amanecer, y el rumor del día asomando en el caudal que se escucha pero no se toca.

Levantar, hacer el día, volver a ponerse el cuerpo, cargar la piedra, el matojo..., y mirarse los dedos y maravillarse del don de la mano que conserva entre sus pliegues una gota del desierto.

¹ Título de la obra de Luis Cernuda, "La desolación de la quimera", en *La realidad y el deseo*, 1975, México, FCE.

² Pedro Salinas, "Seguro azar", en *Poesías completas*, 2003, Madrid, Alianza.

³ César Vallejo, "Los heraldos negros", en *Poesías completas*, 1971, México, Juan Pablos Editor.